

Amigos del alma



Patricia Sutherland

Resumen

“... Cuando le preguntaron a Jason Brady, el flamante entrenador de Los Tigres de Arkansas, si consideraba que haber conseguido ensamblar un gran equipo en tiempo récord y mantenerlo en buena posición, a pesar de la plaga de lesiones que sufren desde el primer partido, era el logro más difícil de su vida, él respondió con su sonrisa seductora y su talante de ganador: “no, hombre... Mi logro más difícil fue que mi chica me dijera que sí”. Cuentan que la sala de prensa estalló en carcajadas. Además de su gran sentido del humor, hasta los cronistas hombres reconocen que no es del tipo al que las mujeres le dicen “no”. Pensaron que había sido una broma, una al mejor estilo Jason Brady.

Todas las personas con las que he hablado coinciden en una cosa: Jason y Gillian son como dos gotas de agua (...) pero lo que los distingue de otras grandes amistades es que, al parecer, mantienen una especie de conexión mágica que los fortalece y los complementa, y que es un atributo exclusivo de las almas gemelas.

¿Cómo pasan dos personas de ser carne y uña, los mejores amigos durante más de una década, a convertirse en pareja sentimental?

¿Qué circunstancia tan especial, nueva y determinante puede llevar a dos personas que han mantenido un nivel de comunicación tan profundo, a estrechar lazos?

Bueno, lo que el entrenador Brady dejó claro con su comentario en la sala de prensa es que a) no fue fácil, b) no fue sincronizado, y c) fue él quien puso el balón en movimiento...”

Diane Lilly
GLAM Magazine

Jason Brady y Gillian McNeil son...

Amigos del alma, una historia de almas gemelas.

Prólogo

Domingo, 25 de diciembre de 2005.

Casa familiar, Rancho Brady.

Camden, Arkansas.

Cuando Jason volvió de dar su paseo a caballo con Gillian y sus hermanos, Victoria no solamente se había levantado; también había hecho el equipaje.

Él se recostó contra el marco de la puerta, que estaba abierta, y miró los bolsos y luego a la modelo, con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —preguntó con tono preocupado.

—Pasa que me voy.

—Eso ya lo veo —Jason se cruzó de brazos. La preocupación había cedido terreno a la molestia—. ¿Crees que podrás decirme por qué a la primera o esperas que, como siempre, lo adivine?

Victoria empezó a ponerse el abrigo intentando no perder los nervios. Realmente, muchas veces, y esta sin duda era una de ellas, le parecía que él no hacía ningún honor a su coeficiente intelectual.

—No sé qué juego te traes entre manos Jason, pero conmigo te has equivocado de medio a medio. Creí que después de cinco meses juntos empezabas a pensar en cosas serias. Ya veo que me equivoqué. Las cosas serias que te traes, no te las traes conmigo.

—¿Se puede saber de qué coño hablas?

—Hablo de Gillian —le soltó a quemarropa y vio que él sonreía incrédulo—. Esto no es amistad y creo que lo sabes. Así que alguien tendrá que explicarme para qué me has traído. ¿Para qué, Jason? ¿Para darle celos?

Las sonrisas ahora eran carcajadas. Aquella mujer era increíble.

—¿Te estás quedando conmigo? Joder, Victoria... No me digas que estás celosa de Gillian, *por favor*, nena...

—*Babeas* por ella, Jason. Y ella por ti.

La risa cesó de golpe mientras Victoria, cada vez más enojada, siguió hablando.

—Yo fui la única imbécil que te aguantó cinco meses de "Gillian esto, Gillian aquello". "No, nena, este fin de semana voy a casa, Gillian quiere ir de acampada con los críos", ¿no?

—Te estás pasando. Somos amigos desde hace años. Muy amigos, nada más.

—¿Amigos? Jason, *vives* hablando de ella... Y ¿sabes qué? Es tan genial, divertida y espontánea como dices. Gillian es *tooodo* lo que tú dices que es. Y es algo más; la única mujer que tiene tu total atención cada minuto que estáis juntos. Cuando está ella, para ti no hay nada más.

—Chorradas —dijo él—. Joder, Victoria, las mujeres sois la leche...

Ella meneó la cabeza rabiosa y, dispuesta a acabar con aquella historia de una vez, cogió los bolsos.

—*Las mujeres* sabemos al minuto cosas que los hombres tardáis semanas en saber... ¿A ti cuánto te está tomando? ¿Quince años? —se detuvo al pasar a su lado—. Pues mira, tú con tu gran cerebritito de genio todavía no te has dado cuenta de que llevas colgado de esa mujer desde antes de que te saliera el bigote...

Jason la retuvo por un brazo.

—Gillian no es eso para mí. Ni yo para ella.

—¿En serio? ¿Y por qué? ¿Porque nunca la has tocado? —lo miró desafiante—. Suponiendo que sea cierto, debe ser lo único en lo que todavía no "os lo pasáis de miedo juntos"... En todo lo demás, sí. Para ti, Jason, nadie se compara a Gillian.

—¿*Suponiendo*? —replicó él, ofendido por la insinuación que le parecía lisa y llanamente un insulto—. Por descontado que es cierto. Ella no es como tú ¿sabes? Distingue perfectamente con quien se lo pasa bien y con quien se enrolla. Y conmigo, solamente se lo pasa bien.

—Exacto. ¿Nunca te has preguntado por qué hemos sido miles en tu cama y ninguna en tu vida? —él la miró con furia contenida—. Por eso. Porque no somos ella.

Eileen volvió a cerrar la puerta del baño de la planta alta procurando no hacer ruido. Esperó dentro, a oscuras, hasta que oyó los pasos de su hijo bajando la escalera varios segundos después de que lo hiciera su "solamente amiga".

Victoria salió de la casa con los dos bolsos al hombro y subió a su Mustang. No se despidió de nadie.

Jason, con las manos apoyadas sobre la barandilla del porche, la miró alejarse mientras sus palabras continuaban resonando en sus oídos cual vinilo rayado.



Gillian vio por la ventana de la cocina cómo Victoria se subía a su coche y se marchaba. Ni una mirada o gesto cariñoso a Jason que estaba en el porche, a pocos metros.

Sabía por experiencia que él podía resultar bastante irritante; había visto escenas parecidas montones de veces. Pero considerando que la mujer en cuestión había logrado sobrevivir cinco meses a la media y tenía el gran privilegio de ser la primera que Jason se dignaba a traer a casa...

Tan pronto el coche desapareció de la vista, Gillian se puso un abrigo y salió al porche.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con cautela.

Jason la miró brevemente con los ojos brillantes.

—Es una mujer. Hacéis cosas que seguramente tendrán algún sentido para vosotras. Como no soy mujer, no tengo ni idea...

—Ya —comentó Gillian. Había ardidado Troya—. Sabes que te quiero, pero escenas como estas he visto muchas... ¿Siempre son ellas? Quiero decir, ¿nunca eres tú?

Jason se apoyó contra la barandilla y se cruzó de brazos. Su mirada se había vuelto mucho más brillante, desafiante.

—No lo sé. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué opino de qué?
—De mí, como hombre. ¿Crees que soy un buen hombre?
—Claro, ya lo sabes...
—Me refiero como hombre, Gillian. ¿Crees que soy bueno como hombre, como pareja?
—¿Quieres la verdad? —le preguntó con picardía. Lo vio asentir repetidas veces sin dejar de mirarla—. Eres desastroso.
—Pero me quieres y conmigo estás bien, ¿no?
Gillian lo miró con cara de no entender.
—Claro, pero yo no soy Victoria o Terry o Myriam o como se llame... —se apoyó en la barandilla a su lado y lo miró con cariño. Odiaba lo que estaba a punto de decir, pero se lo debía—. Si te das prisa, seguro que la alcanzas... Y ya conoces el código secreto que a las chicas nos desbloquea el mecanismo...
Jason respiró hondo y volvió la cara para mirarla.
—¿Quieres que vaya a por ella y le diga “lo que tú quieras, preciosa”? ¿De verdad, quieres que haga eso?
Notó que él la miraba a los ojos con expresión seria y concentrada, como intentando ver más allá de sus palabras. Gillian se encogió de hombros.
—¿No quieres?
—No. Me importa una mierda lo que quiera Victoria.
Ella asintió y se cruzó de brazos en un gesto de frío.
—Me estoy helando... ¿te apetece un café?
—Ve tú, yo ahora voy —dijo él.
Gillian le acarició el brazo al pasar, y volvió a entrar en la casa.
Y Jason, a ser consciente de las implicaciones de las palabras de Victoria.
¿Eran ciertas? ¿Era verdad que la única mujer que siempre había tenido toda su atención era aquella chica menuda de cabello largo que bien podría haber sido su hermana?
No lo creía posible.
Pero se sentía muy raro.
Y con la sensación intranquilizadora de que Victoria acababa de abrir la caja de los truenos.
Porque algo sí que estaba claro; aunque ella se equivocara, las cosas entre Gillian y él, nunca volverían a ser igual que antes.
De hecho, ya no lo eran.

1

Sábado, 11 de marzo 2006.
Festival Floral Paraíso del Narciso.
Camden, Arkansas.

Era primavera en Camden, la época en que el aire empezaba a llenarse de aromas y la vida explotaba en infinidad de formas llenas de luz y color.

El blanco, rosa y amarillo rabioso de los cornejos, cersis y junquillos propios de esta época del año, pronto cederían su lugar a las más de seiscientas variedades de flores silvestres que dominaban el paisaje del estado en una auténtica procesión en flor a través del verano, cuando

los chorlitos y demás aves costeras hubieran acabado su migración anual hacia el norte, a través de Arkansas.

Para Gillian McNeil era, además, un momento que llevaba esperando diez años; que Jason volviera a Camden, a la vida en familia, al Rancho Brady.

Sin embargo, no había sucedido exactamente como ella hubiera querido. Aquel accidente de moto que Jason había tenido hacía varias semanas, no solo había dejado fuera de combate la Harley Davidson azul que él mimaba con tanto esmero, también su hombro derecho y, aunque aún no lo había dicho oficialmente, seguramente también sus posibilidades de seguir jugando fútbol profesional.

Si Gillian hubiera podido elegir, ese momento habría sido completamente distinto. Pero lo tenía otra vez en casa y era feliz.

A Jason le estaba costando asumir aquel giro inesperado en su vida, a cuenta de una mancha de aceite en el asfalto que había puesto su mundo patas arriba; no era el mismo de siempre. Se lo notaba tenso, demasiado callado y de un parco subido en sus contestaciones, que a Gillian que lo conocía como a la palma de su mano, le sonaba a un “estoy que muerdo” *clarísimo*.

Él caminaba junto a su padre echando un vistazo casi de compromiso a las atracciones y puestos callejeros, atestados de lugareños y turistas con narcisos en alguna parte de su humanidad, que como cada año, llenaban la ciudad en marzo cuando se celebraba el Festival Floral Paraíso del Narciso.

Gillian iba pocos metros detrás, con las mujeres; Patty, la adolescente que Mark había tomado en acogimiento hacía nueve meses; la madre de Jason, Eileen; su hermana Mandy y la flamante nueva señora Brady de la familia: Shannon, la esposa de Mark. Ellas charlaban sobre temas de mujeres. Gillian seguía con los oídos la conversación femenina que se desarrollaba a su lado, y con los ojos al gigante que, por más que miraba y volvía a mirar, no acababa de creer que estuviera allí, otra vez en Camden, con ella.

Un vendaje especial y una férula fijaban la articulación del hombro y el brazo derecho así que Jason, fan incondicional de las camisas y dueño de la colección más grande que Gillian le conociera a un humano del sexo masculino, añadía un punto más a su frustración luciendo desde el accidente camisetas, que le resultaban más fáciles de poner, y un abrigo sobre los hombros. Hoy la cazadora colgaba de un dedo sobre su espalda y la camiseta era negra, sin mangas, dejando a la vista sus potentes bíceps.

Su amigo del alma era uno de esos ejemplares que hasta los hombres se volvían a mirar. Pero hoy, él no estaba de humor ni para algo que hacía fenomenalmente bien desde los dieciséis; disfrutar de la admiración que despertaba su impresionante anatomía XXL. Y aunque todavía no habían empezado a dejarse ver en su cuerpo los efectos de la falta de entrenamiento que ya duraba más de un mes, en su humor, Gillian lo sabía muy bien, pesaban como una lápida.

—Si ni tú consigues que hilvane más de diez palabras juntas, la cosa está mal de verdad.

Gillian se volvió hacia la voz. Mandy miraba a su hermano con una media sonrisa preocupada.

Eileen se fijó en Gillian. La vio encogerse de hombros en aquel gesto característico suyo, dispuesta a restarle importancia al tema.

—Ni juega, ni entrena y seguro que el hombro le duele un montón. Yo, en su lugar, mordería.

Para Eileen, seguramente todo eso contaba, pero sabía que a su hijo le pasaban más cosas que no tenían que ver con entrenamientos ni analgésicos.

—Qué raro que Victoria no haya venido a verlo, ¿no? —comentó Shannon.

—¡Ni Dios permita! —dijo Patty poniendo dos dedos en cruz como si la sola mención del nombre fuera suficiente para invocar a Satanás.

Gillian le guiñó un ojo. Definitivamente, la acompañaba en el sentimiento.

Sin embargo, a ella no le parecía raro que la modelo siguiera desaparecida. Jason era especialista en enojar a sus chicas y el enfado de esta en particular había sido todo un espectáculo.

—Por la forma en que se fue no me dio la impresión de que pensara volver, la verdad —dijo Gillian sonriendo.

Eileen continuó observándola atentamente.

—Pues reapareció —apuntó Shannon—. La semana pasada cogí el móvil de Jason pensando que era el mío y la que llamaba era ella.

—¿Ah, sí? —preguntó Gillian en tono casual. Qué suerte. Solo con pensar en volver a tenerla a dos metros y aguantar sus dardos envenenados...

Eileen sonrió para sus adentros. A Gillian, aquella mujer le daba urticaria y aunque mantenía las apariencias extraordinariamente bien, a la madre de Jason no le pasaba desapercibido. Y eso, por sí mismo, constituía toda una novedad; era la única de las decenas de chicas de Jason que a Gillian le producía algo, y la única que él había traído a casa la última Navidad.

—¡Mala suerte! —dijo Shannon, dándole una palmada en el brazo a Gillian—. Igual te toca volver a recibir esas miradas fulminantes que te echa... Me parece que no le caes bien.

—Normal —intervino Mandy con picardía—. Jason y Gillian son carne y uña, y las mujeres somos muy posesivas.

—Lo de esa es imbecilidad —puntualizó Patty—. Porque si espera echarle el lazo...

—Patty —gruñó Eileen, y no fue más allá porque sabía que las demás pensaban lo mismo que la niña aunque no lo dijeran.

—¿Solamente posesiva? —dijo Gillian con un punto prácticamente indetectable de ironía—. ¿A quién se le ocurre irse de una casa en la que se es un invitado sin despedirse de nadie? Jason estaba negro.

Rojos, no negros, pensó Eileen. Y la razón no era la falta de modales de Victoria, sino su exceso de franqueza. Aunque teniendo en cuenta las malísimas pulgas de la mujer, a Eileen no le habría extrañado nada que en vez de encararse con Jason, lo hubiera hecho con Gillian. Y cuanto más lo pensaba, más curioso le resultaba. La rubia no había escatimado al mostrar su disgusto por Gillian, pero a la hora de dar el tiro de gracia, había elegido otro blanco. ¿Le preocuparía la reacción de Gillian? ¿O la de Jason cuando se enterara?

Shannon miró de reojo a Mandy pensando lo rarísimo que le parecía que Gillian hiciera uso de la ironía, aunque fuera tan leve que pudiera medirse en microgramos.

Su sonrisa le confirmó que pensaban lo mismo.



Matt y Tim habían “secuestrado” a su padre de acogida y los tres, como si tuvieran la misma edad, jugaban al martillo en una de las atracciones. Los Brady habían vuelto al mundo del

acogimiento de niños a instancias de Mark, el mayor de los tres hermanos Brady, y se habían estrenado hacía año y medio con dos hermanitos de 9 y 11 años, a los que un tiempo después se había unido Patty, de 16.

—Bueno, ya ha caído un Brady —dijo John mirando divertido cómo Mark se lo pasaba en grande jugando con los niños—. ¡Lo suyo sí que fue fulminante!

Jason asintió con el mismo sucedáneo de sonrisa que llevaba puesta desde el accidente.

Sí, desde luego. Mark esperaba a la señora Rutherford, una regordeta de sonrisa amable, y lo que se presentó en el rancho un mes después de la llegada de los hermanitos White, a hacer la primera visita de control, fue una dulzura pelirroja que lo dejó *grogui* desde el primer minuto. Hasta el punto de casarse con ella después de un noviazgo relámpago de cuatro meses. Ahora, seis después, se preparaba para recibir a su primer hijo biológico que nacería en septiembre.

—Con Mandy acercándose peligrosamente al precipicio —continuó John—, me parece que estás a punto de quedarte solo.

—¿Tú crees que se va a dejar?

El padre de Jason asintió con una sonrisa pícaro.

—Si Jordan se lo pide se lanza en plancha. Está *loquita* por ese vikingo —se acercó a su hijo para hablarle en tono de confidencia—. Y se lo va a pedir, me lo dijo en Navidad.

Jason miró a su padre con incredulidad.

—¿A ti? ¿Te pidió permiso o qué?

—Es una conversación que teníamos pendiente... Aunque cuando te vi presentarte en casa con esa chica, pensé que igual te adelantabas a Mandy... —añadió mirando a su hijo de reojo con picardía. Vio que él estiraba las piernas y las cruzaba en un gesto cansino.

—¿Tú también con eso? —dijo de mala gana. Entonces, Victoria era “solamente una amiga”; ahora ni siquiera eso.

John negó con la cabeza.

—Te doy conversación, nada más. Es muy guapa y parece lista y todo eso, pero no tiene ninguna posibilidad contigo.

Jason continuaba mirando al frente, donde Mark y los críos hacían de las suyas. Su mente, sin embargo, había vuelto a la última Navidad y a las cosas que Victoria le había dicho y que él seguía sin digerir.

—Estaba como una cabra. Menudo genio.

—Ya. Dejó claro que había dos cosas de tu vida que no le gustaban nada: tus viajes y Gillian.

Jason no contestó de inmediato. Qué el recordara la única vez que Victoria había aclarado algo al respecto, estaban solos. ¿O acaso también se había dedicado a decir tonterías cuando él no estaba presente?

—Sí, aunque en eso no innovó nada; todas cojean del mismo pie.

—No me extraña. Todavía no conozco a ninguna mujer que vea con buenos ojos que el hombre que le interesa pase más tiempo por ahí que en casa. No hablemos de que, además, congenie tan bien con otra mujer —John espizó la reacción de su hijo, sonrió para sus adentros y lo soltó—. Especialmente, si es alguien como Gillian.

Bingo.

Su hijo había dejado de hacer que prestaba atención al juego de los niños y ahora sus grandes ojos celestes, idénticos a los de su madre, lo miraban a él lanzando una advertencia: “cuidado con lo que dices que el horno no está para bollos”.

—¿Qué quieres decir?

—Tan parecida a ti y tan diferente a ellas.

Jason resopló, sardónico.

—Esa enana no se parece a mí en nada.

Acto seguido, John lo vio ponerse de pie en lo que le pareció la evasión más descarada, para luego decirle como si tal cosa:

—¿No te apetece beber algo? Estoy muerto de sed.

Muy bien.

Podía buscar cuantas evasiones le diera la gana; había regresado a Camden.

Ya no era el adolescente de diecinueve años que se marchara poniendo tiempo y distancia entre los dos. Ni ella, la niña menuda del pelo largo y la sonrisa tierna.

Tarde o temprano, tendría que enfrentarse a la cuestión.

John asintió y se puso de pie con una sonrisa premonitoria que su hijo, que volvía a hacer que prestaba atención a los críos, no vio.

© 2008, 2012 Patricia Sutherland.
Amigos del alma. Serie Sintonías # 3
Prólogo y Capítulo 1.
www.jeraromance.com

Cómprala en:

[Amazon](#) | [GooglePlayStore](#) | [iBooks](#) | [Nook \(Barnes&Noble\)](#)